

**HOMILÍA DEL PAPA**  
**EN LA PARROQUIA ROMANA DE TODOS LOS SANTOS**  
**III Domingo de Cuaresma**  
**Sábado, 7 de marzo de 2015**

Con ocasión de la fiesta de la Pascua judía, Jesús acude a Jerusalén. Al llegar al templo no encuentra gente que busque a Dios, sino gente que hace negocios: los mercaderes de ganado para los sacrificios; los cambistas, que cambian dinero *impuro* con la imagen del emperador, por monedas aprobadas por la autoridad religiosa, para pagar la tasa anual del templo. ¿Qué encontramos nosotros cuando vamos a nuestros templos? Os dejo la pregunta. Ese comercio indigno, fuente de pingües ganancias, provoca la enérgica reacción de Jesús, que derriba las mesas, tira por tierra el dinero y aleja a los mercaderes diciéndoles: *¡No convertáis la casa de mi Padre en un mercado!* (Jn 2,16).

Esta expresión no se refiere solo al negocio que hacían en el atrio del templo. Se refiere más bien a un tipo de religiosidad. El gesto de Jesús es un gesto de *limpieza*, de purificación, y la actitud que manifiesta se remonta a los textos proféticos, en los que a Dios no le agrada un culto exterior, hecho de sacrificios materiales, y basado en el interés personal (cfr Is 1,11-17; Jer 7,2-11). Ese gesto es una llamada al culto auténtico, a la correspondencia entre liturgia y vida; una llamada que vale para toda época, y ahora también para nosotros: *correspondencia entre liturgia y vida*. La liturgia no es algo raro o lejano que, mientras se celebra, yo pienso en otras cosas o rezo el rosario. No, no. Es una correspondencia entre la celebración litúrgica y lo que luego llevo a mi vida; y en esto tenemos que seguir avanzando, porque todavía nos queda mucho camino por recorrer.

La Constitución conciliar *Sacrosanctum Concilium* define la liturgia como *la primera e indispensable fuente en la que los fieles pueden lograr el auténtico espíritu cristiano* (n. 14). Eso significa reafirmar el vínculo esencial que une la vida del discípulo de Jesús y el culto litúrgico. No es fundamentalmente una doctrina que haya que comprender, o un rito que haya que cumplir; naturalmente también es eso, pero de otra manera, es esencialmente distinto: es una fuente de vida y de luz para nuestro camino de fe.

Por tanto, la Iglesia nos llama a tener y a promover una vida litúrgica auténtica, para que pueda haber sintonía entre lo que la liturgia celebra y lo que vivimos en nuestra existencia. Se trata de expresar en la vida lo que hemos recibido mediante la fe y lo que aquí celebramos (cfr. *Sacrosanctum Concilium*, 10).

El discípulo de Jesús no va a la iglesia solo para cumplir un precepto, o sentirse bien con un Dios que luego no debería *molestarme* mucho. “Yo, Señor, voy todos los domingos, cumplo..., pero tú no te metas en mi vida, no me molestes”. Esta es la actitud de tantos católicos, de muchos. El discípulo de Jesús va a la iglesia para encontrar al Señor y obtener, con su gracia que actúa en los sacramentos, la fuerza para pensar y obrar según el Evangelio. Por eso, no podemos engañarnos al entrar en la casa del Señor y *tapar*, con oraciones y prácticas de piedad, comportamientos contrarios a las exigencias de la justicia, de la honradez o de la caridad con el prójimo. No podemos sustituir con *regalos religiosos* lo que se le debe al prójimo, retrasando la verdadera conversión. El culto, las celebraciones litúrgicas, son el ámbito privilegiado

para escuchar la voz del Señor, que nos lleva por el camino de la rectitud y de la perfección cristiana.

Se trata de hacer un itinerario de conversión y de penitencia, para quitar de nuestra vida las escorias del pecado, como hizo Jesús limpiando el templo de intereses mezquinos. Y la Cuaresma es el tiempo favorable para todo eso, es el tiempo de la renovación interior, de la remisión de los pecados, el tiempo en el que estamos llamados a redescubrir el Sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación, que nos hace pasar de las tinieblas del pecado a la luz de la gracia y de la amistad con Jesús. No podemos olvidar la gran fuerza que este Sacramento tiene para la vida cristiana: nos hace crecer en unión con Dios, nos hace recobrar la alegría perdida y experimentar el consuelo de sentirnos personalmente acogidos por el abrazo misericordioso de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, este templo fue construido gracias al celo apostólico de san Luigi Orione. Precisamente aquí, hace cincuenta años, el beato Pablo VI inauguró, en cierto sentido, la reforma litúrgica con la celebración de la Misa en la lengua hablada por la gente. Espero que esta circunstancia reavive en todos vosotros el amor por la casa de Dios. En ella encontraréis una gran ayuda espiritual. Aquí podéis experimentar, cada vez que queráis, el poder regenerador de la oración personal y de la oración comunitaria. La escucha de la Palabra de Dios, proclamada en la asamblea litúrgica, os sostiene en el camino de vuestra vida cristiana. Os encontraréis entre estas paredes no como extraños, sino como hermanos, capaces de darse gustosamente la mano, porque os une el amor por Cristo, fundamento de la esperanza y del compromiso de todo creyente.

A Él, Jesucristo, piedra angular, nos estrechamos confiados en esta Santa Misa, renovando el propósito de empeñarnos en la purificación y limpieza interior de la Iglesia, edificio espiritual del que cada uno de nosotros es parte viva por la fuerza del Bautismo. Así sea.